

EL PULSO DEL TIEMPO

Guerrilleros y hippies.

En un reciente artículo acerca del fenómeno de las guerrillas, Fco. Ruiz Gisbert establecía un paralelo entre las luchas de los rebeldes latinoamericanos y los negros de las grandes capitales estadounidenses. Esta opinión, sorprendente a primera vista, no deja de tener un fundamento sólido. Los mismos cabecillas revolucionarios negros parecen confirmar con su actitud y sus opiniones, expresadas públicamente, la veracidad de esta identificación. Preguntándose sobre la razón profunda de las guerrillas, concluye Ruiz Gisbert: "En la base de la actividad revolucionaria, de auténtica guerrilla, de los negros de Chicago y Detroit, se nos presenta un radical desprecio a la civilización en que nosotros vivimos... Creo que nos negamos a la evidencia de que lo que pasa en América, lo que pasa en Vietnam, es un intento de cambiar en absoluto el 'medio' del hombre, el mundo del hombre... **Aparece entonces la desnudez de la especie que rechaza, hasta el más alto nivel en que conscientemente le es posible, toda una dimensión vital.**"

Creo que la tesis de Ruiz Gisbert tiene mucha razón. Porque la guerrilla es el medio con que cuenta el hombre moderno para rechazar un estado de cosas, más aún, una civilización, cuyas aristas hieren a muchos hombres, cuyas estructuras ahogan a una gran parte de los individuos que la componen. Con ello no canonizamos las guerrillas como vehículo de protesta. Pero tampoco las condenamos **radicalmente**. Sim-

plemente, procuramos escuchar su voz, ya que expresan la angustia de un sector de la humanidad desplazado por nuestra civilización. Y parece ser que la guerrilla es el único método que está resultando, desgraciadamente, eficaz.

Yo creo que no sólo existen los guerrilleros del fusil y la metralleta, sino que existen otros guerrilleros sin armas, y no por ello menos guerrilleros. Me refiero a los hippies. Sí, a ese número creciente de jóvenes —y no tan jóvenes— que optan por un pacifismo a ultranza, por una pasividad rodeada de pétalos de flores, y un "amor" benevolente para con todos. Hippies guerrilleros de la paz y del amor. Guerrilleros cuyas armas son las flores, cuya mística es el LSD, cuya actividad es el amor libre, practicado en plazas, parques y playas. Auténticos guerrilleros, pues también ellos, a su manera, rechazan de un modo radical nuestra civilización. Frente a un mundo enzarzado en luchas frías y ardientes, defienden la paz y la convivencia. Frente a un mundo que odia, defienden —como dice su lema— un "free love for a free world" (amor libre por un mundo libre). Cuentan que uno no se puede indignar contra los hippies en una de sus manifestaciones: inmediatamente alguna jovencita premiará el mal humor del que se indigna con una cándida sonrisa y un beso.

¿Es posible que una disatisfacción fundamental con la civilización contemporánea conduzca a manifestaciones tan extremas como la guerrilla de las armas o la guerrilla del ultrapacifismo "amo-

roso"? Ciertamente, ahí están los hechos. Serán las circunstancias particulares las que conduzcan a una u otra (y a otras posibles) manifestaciones. Ante el hambre, la presión, la injusticia, la guerrilla destructora de las armas y el odio. Ante el vacío existencial, la guerrilla de la "paz" y del "amor". Como acertadamente dice Paul Ricoeur: "La experiencia del hombre moderno, es que no está contento en la sociedad...; su decepción es más profunda que una simple negativa del régimen económico-político de su trabajo; está decepcionado del mundo mismo tecnológico. Por esto trasladada del trabajo al ocio el sentido de su vida. El erotismo aparece entonces como una dimensión del ocio".

Hippies y guerrilleros, descontentos de nuestra civilización, rechazo de un modo de vida que lleva en su corazón el germen mismo que lo destruirá. ¿Existe un replanteamiento que, salvando los auténticos valores, sea capaz de hacer evolucionar satisfactoriamente nuestro mundo? La respuesta es algo que a todos nos atañe personalmente.

"Blow-up"

La última película de Michelangelo Antonioni, "Blow-up", ha arrastrado consigo el escándalo por todas partes: triunfadora del festival de Cannes, discutida apasionadamente por la censura norteamericana, prohibida en plena exhibición por la italiana, quien la ha visto no ha tenido más remedio que defenderla o atacarla, pero en ningún caso se ha permanecido indiferente ante ella. ¿Qué tiene "Blow-up" que ha he-

cho de ella una película de debate? Creemos que es hora, pasados ya los apasionamientos inmediatos a su aparición, de hacer un balance del verdadero aporte de esta película.

“Blow-up” es la historia de un joven fotógrafo de modas londinense, quien, al ampliar unas fotos tomadas a una pareja de novios en un parque de la ciudad, descubre que ha fotografiado la preparación de un asesinato. Al intentar participar a sus conocidos este descubrimiento, encuentra que el hombre asesinado no representa absolutamente nada para ellos. La película termina con una partida imaginaria de tenis, jugada por un grupo de jóvenes disfrazados de arlequines.

Prescindamos de los posibles valores cinematográficos de “Blow-up”, ciertamente innegables: fotografía, color, artistas, secuencia final, realmente prodigiosa. Fuera de ello, ¿qué nos aporta Antonioni en esta película?

Ante todo, el testimonio de la vida de un sector, cada día más abundante, de personas de nuestro mundo. Antonioni se mezcló varios meses con este tipo de grupos londinenses, a fin de conocer a fondo su ritmo de vida. Estamos, por lo tanto, ante un documental hirientemente veraz de lo que son las vidas de algunos sectores de nuestra sociedad. En estas vidas, creemos encontrar reflejadas tres características:

a.—**La alienación del hombre en un mundo despersonalizado.** La alienación es un concepto —una realidad— que traspasa los límites del sector laboral. Alienación implica salida existencial de uno mismo, ausencia de fidelidad vital al propio ser. En la sociedad que nos presenta “Blow-up”, sobre un fondo de vida superficial, intrascendente, el hombre supera sus alegrías y tristezas, la trama de su quehacer cotidiano, me-

dante un alejamiento narcótico, un olvido que está más allá del mal y del bien, una ruptura total con la problemática angustiosa del hombre. El individuo vive en un mundo que ha roto las barreras del espacio y del tiempo —más bien, existe al margen de ellas.

b.—**Fragilidad del amor.** En este ritmo de fingimiento, de mundo despersonalizado, el amor es un juego de encuentros y minutos, un encadenamiento de sucesos intrascendentes. Donde la persona no tiene nada que aportar, el amor se convierte en un cocktail de pequeños gustos o disgustos. Donde se vive al margen de espacio y tiempo, ni se puede hablar de unidad (diálogo de un yo con un tú), ni de eternidad (“Amor quiere decir siempre”, como expresa un refrán francés).

c.—**Incapacidad de comunicación humana.** El hombre está condenado a su aislamiento. Somos islas, o, más bien, ramas intrascendentes a merced de la tormenta, que es la vida. Si no existo yo, sino el encadenamiento de mi



acontecer personal, no existe el diálogo, la comunión de los seres humanos: es, ya como presupuesto, imposible. Consecuencia: la realidad será lo que uno cree que es real. La vida es una arlequinada. A este propósito, es desgarradoramente triste la última escena de “Blow-up”, cuando el fotógrafo comprende que empieza a escuchar el rebote de la pelota de tenis... imaginaria.

Hasta aquí, el mensaje de “Blow-up”. Su verdad fáctica es innegable, es decir, existe este mundo, existe este nivel de vida, degradado a un acontecer existencial morboso, empujado por las drogas. Hasta aquí, no se puede negar el valor, al menos como testimonio, de la película de Antonioni. ¿Es solución ese bajar de ojos aquiescente del fotógrafo, al final de la película? No lo creemos. Pero tampoco queda cerrado el camino a una esperanza.

Otra cosa, y muy distinta, son los ingredientes de exhibicionismo de la película. Personalmente, estamos de acuerdo con Antonioni que “Blow-up” no es una película sexualizada. Sin embargo, sí creemos que algunas escenas están demasiado pormenorizadas, sin necesidad. ¿Es eso razón suficiente para el escándalo? Mucho lo dudamos, al menos dada la expresividad descarada que ha alcanzado el cine contemporáneo. No estamos de acuerdo con esta “pornografía”, que juzgamos innecesaria. Sin embargo, en el caso concreto de “Blow-up”, creemos que los valores superan con mucho este obstáculo. Más aún, las escenas juzgadas como pornográficas, en el contexto de la película, pierden su valor excitante. Condenarlas abiertamente, equivale a hacer a la película una propaganda equivocada. Y de ello se deben de estar alegrando a estas horas los productores.

Ignacio Martín-Baró.